

# Una isla, un náufrago

Almudena Grandes

LA AUTORA DE *EL CORAZÓN HELADO* (TUSQUETS, 2007) RASTREA EL ORIGEN DE SU VOCACIÓN LITERARIA, DESTACA LA IMPORTANCIA DE LA LECTURA EN SU INFANCIA Y SU CAPACIDAD PARA MULTIPLICAR Y ENRIQUECER LA VIDA.

Recuerdo muy bien lo que sentí cuando supe que mi primera novela iba a ser publicada. En aquella especie de borrachera emocional, el asombro fue siempre por delante del orgullo, de cualquier cálculo acerca del futuro, y hasta de un ignorado sabor a felicidad, un sabor muy dulce que se instalaba repentinamente en mi paladar todas las noches un instante antes de me quedara dormida. Sin embargo, la sorpresa nunca llegó a desterrar de mi ánimo la conciencia de haber llegado por fin a alguna parte, de haber conseguido algo que no sólo era importante en sí mismo, sino también, y sobre todo, porque representaba la única recompensa posible para un ejercicio de voluntad que yo había alimentado con paciencia, y con todo el tesón que fuí capaz de reunir, durante muchos años. Por eso, la primera lección que tuve que aprender cuando me convertí en una escritora de verdad consistió en aceptar que, a mi alrededor, nadie le concediera ninguna importancia a aquella hazaña.

No me refiero a los medios literarios que, supongo, porque en aquel entonces yo no tenía ningún acceso a ellos, considerarían la publicación de mi primera novela tan irrelevante como la de cual-

quier otra. El mundo está lleno de autores de una sola novela. Hay tantos, que su número sólo debe ser superado por el de los «escritores de barra de bar», todos esos eternos aspirantes a novelista que consumen noche tras noche contando en voz alta sus argumentos con una copa en la mano, pero que no llegan a escribir más de media docena de líneas en toda su vida. Los editores lo saben y los agentes literarios también, lo saben los periodistas, y los críticos, y lo sabemos, por experiencia propia, los escritores, porque me imagino que todos recordamos, con el color luminoso de los mejores recuerdos, el momento en el que por fin logramos abandonar esta indeseable categoría para empezar a formar parte de la categoría ínfima, pero superior, que he mencionado antes. Se podría pensar que nadie más posee una opinión propia sobre este tema, pero no es verdad. Yo lo descubrí muy pronto, antes incluso de que mi primera novela hubiera salido a la calle, con una coca-cola en la mano izquierda y una medianoche en la derecha, es decir, pertrechada con el equipamiento estándar de las fiestas familiares.

Ya no me acuerdo de cuál de todas mis primas cumplía años, pero puedo reconstruir sin esfuerzo los principales detalles de la historia porque nunca olvidaré a mi interlocutora, una mujer de unos treinta y cinco años, guapa de cara, discretamente gorda, muy habladora y aún más imprudente, que había dejado de trabajar al casarse con un íntimo amigo de mis tíos, los dueños de la casa donde se celebraba la fiesta.

– Y ahora, ¿qué harás? Escribir otra, ¿no?, me preguntó sin más, abandonando por un momento su propia medianoche.

– Pues sí –contesté–. Por lo menos, intentarlo.

– ¡Ah! Sí, sí, sí... A mí eso me parece fundamental –prosiguió ella–. Porque, total, un libro no es nada, ¿no? Lo difícil es escribir dos, y luego, a partir de ahí, seguir escribiendo, pero una novela... A cualquiera le han pasado cosas de sobra en su vida como para escribir una novela. Yo misma podría hacer una en mis ratos libres, lo he pensado muchas veces, no creas.

– Ya –dije yo, porque la mordacidad instantánea nunca ha sido mi fuerte–. Claro, claro.

Lo que pensé no lo puedo contar porque resultaría impropio de este texto y del papel que me ha tocado ocupar en él, pero está muy relacionado con el tema del que me gustaría hablaros esta

tarde, y con el curioso concepto que mucha gente tiene de lo que Cesare Pavese, quizás precisamente por eso, llamó «el oficio de escribir».

Lo cierto es que ya he perdido la cuenta de la cantidad de rollos amorosos, familiares, personales o laborales que me he tenido que tragar fingiendo una atención imperturbable, mientras cualquier conocido con ánimo de buen samaritano me inmovilizaba en cualquier sitio para contarme con detalle la historia de su vida, después de asegurarme que lo que estaba a punto de oír era tan fabuloso, tan raro, tan fuerte, tan literario en definitiva, que no me iba a quedar más remedio que lanzarme a contarle sin falta en cuanto que llegara a casa. Me ha ocurrido tantas veces que ya he aprendido a aplicar sin rubor el remedio que llegó a mis manos en el espacio que media entre dos mediasnoches de jamón y, a la altura del segundo bisabuelo, sugiero al respectivo bisnieto que no desperdicie conmigo ni un solo detalle más y que lo escriba él mismo, en sus ratos libres.

A primera vista, podría parecer paradójico que el concepto que los escritores inspiramos en buena parte de las personas que no escriben, pero a quienes tenemos que agradecer que sí lean, oscile de una forma tan radical entre los partidarios de adjudicarnos una naturaleza superior, exquisita y excéntrica a la vez, admirable y turbia a partes iguales, y quienes, en el otro extremo, piensan que escribir consiste en desahogarse sin más encima de un teclado, contando poco más o menos cualquier cosa. Sin embargo, ambas actitudes están vinculadas por una elemental relación causa-efecto que no tiene más responsables que los propios escritores.

La romántica estampa del literato enajenado, poseído por el demonio de la creación y abocado sin esperanza a la esclavitud del enloquecedor talento que le salva cada mañana para condenarle sin piedad al llegar la noche, tiene desde luego poco que ver con el retrato en el que se reconocen la mayoría de los mortales, y a cambio, un inquietante aire de familia con los perfiles de quienes habitan en los estrechos márgenes de la sociedad, es decir, con los enfermos mentales, con los alcohólicos, con los excluidos, con los inadaptados. En consecuencia, la multitudinaria legión de enamorados plátónicos de un Lord Byron que nunca existió, empiezan por desvestir a cualquier escritor de los modos de vida convencio-